

## FINALISTA

### Cuatro minutos con ella PAPERBACK WRITER

07:35. Levanto la cabeza desde mi asiento, el 15A. Mi mirada busca con ansiedad el cielo pero se encuentra con un enorme cubículo de plástico grisáceo no apto para claustrofóbicos. Mientras, el avión no para de dar vueltas por las pistas. Suspiro y cierro los ojos.. No volveré a abrirlos hasta dentro de tres minutos. ¿Qué hago aquí? Quiero decir... ya sé lo que hago aquí, pero no sé por qué lo estoy haciendo. Lo intuía hace tres horas cuando desperté en casa. Empecé a dudar de mis motivos cuando entré en la habitación de Alba y me asomé a la cama. Estaba dormida, en posición fetal; era la serenidad en persona. Una persona muy pequeña pero una serenidad abrumadora. Y ahora, a las 07:35, me pregunto por qué no me quedé con ella. Llevo nervioso desde que salí de su habitación, con las pulsaciones aumentando y mi corazón consciente y preparado para la traca final. El despegue.

07:36. El avión gira bruscamente a la izquierda y se detiene en la pista. Sigo con los ojos cerrados. Estoy muy tenso. A estas alturas, mi cuerpo ya ha sido vencido por el miedo; es como una marioneta con músculos de madera que cree que es el fin y yo no tengo fuerzas para discutirlo. El avión aún no se mueve pero me agarro a los apoyabrazos de ambos lados como si mi vida fuera en ello. No debería sentirme así pero no puedo evitarlo. En este momento, a un minuto de sufrir un nuevo despegue, me pregunto cómo no he podido acostumbrarme a esto. He volado más de cien veces en mi vida -con seguridad, cien de los peores momentos que he pasado nunca-. Intento visualizar soluciones, hacerme entrar en razón, explicarme a mí mismo que el avión es estadística y técnicamente un transporte segurísimo. Y cuanto más intento convencerme, más fuerte me agarro a los reposabrazos. Y los pies...los pies pegados al suelo. Que lo noten, como si la gravedad no fuera con ellos, como si fueran entes independientes de la mecánica cuántica. Como si fueran mis aliados en la guerra.

07:37. Empieza el ruido infernal de los motores. El miedo -o la aceleración, quién sabe- me da un golpe en el pecho que me empuja contra el asiento. Las uñas de mis manos y mis pies atacan a todo material cercano buscando sangre. Cierro los ojos con tanta fuerza que podrían colarse accidentalmente en mi cráneo. El avión acelera, acelera y acelera. Un amigo ingeniero me dijo en una ocasión que cuando los aviones llegan a una determinada velocidad durante el despegue tienen que elevarse aunque tengan cualquier problema técnico. Así que en esos escasos segundos somos vulnerables. Es cuestión de suerte. Un sí o un no. O quizá muchos noes seguidos. Pero todo es posible. Pienso en mi amigo ahora que estamos rodando a 300 km/h y el morro intenta elevarse. Y pienso en Alba. Sólo pienso en ella, su sonrisa fija en mi mente...el miedo no me deja pensar más. Me concentro en alcanzar un estado de nirvana que aleje mi mente de mi cuerpo y me permita no sentir.

07:38. Volamos. Vuelo. Mi cuerpo se inclina en una vertical imponente pero conciliadora. Paradójicamente, la primera muestra física de que volamos actúa como el principio de un antídoto. El ruido se ha reducido. Vuelvo a notar la sangre fluir por mis venas. El avión planea gustándose. Abro los ojos. Mis manos piden que las mire; están sudorosas, resacasas del pánico. Se destensan poco a poco. Aún arden. Echo un vistazo por la ventanilla. Está amaneciendo y la mezcla de colores en el cielo es maravillosa.

¿Cómo estará Alba?, ¿se habrá despertado ya? A ella le encantarían estas vistas.